

## **EL MUNDO EN QUE VIVIMOS Y EL CRISTIANO EN ACCIÓN**

*Mons. Manuel Moledo\**

*Aunque pasaron muchos años desde que se dijeron estas palabras, el sentido de volver a publicarlas no es solo como merecido homenaje a quien las pronunció –uno de los asesores más recordados en la historia de la Acción Católica– sino poner de manifiesto su permanente actualidad, en tiempos en que “se sacrifica lo importante a lo urgente”, para no “naufregar en la confusión y en la dispersión”.*

“Para el que sabe a dónde va, todos los vientos son buenos”, decía el filósofo Séneca. Pero la inversa también es verdadera: “No hay viento bueno para el que no sabe a dónde va”. Algo de esto último le está pasando al mundo en que vivimos. De ahí la confusión que nos domina.

El mundo transita por caminos más o menos claros en la medida en que más o menos responde a los designios para que Dios lo creó. El cristiano debe saber esto, pero además no debe olvidarlo.

De esta verdad ha dado muchas veces doloroso testimonio la historia de la humanidad a partir de la Torre de Babel. También aquellos hombres naufragaron en la confusión y en la dispersión, precisamente en el momento en que creyeron haber alcanzado definitivamente sus designios, que no eran precisamente los de Dios y, por consiguiente, los del hombre.

Sí, en la hora actual, se encuentra nuestro mundo en una situación análoga a la del mundo de Babel, estimamos que ello ocurre porque se tiende a considerar al hombre y al mundo sólo, o casi, en la perspectiva de un devenir exclusivamente temporal, que niega o prescinde de su finalidad eterna. Esta concepción de la vida y de la historia no lleva al mundo a su verdadero destino; de ahí que no haya viento que lo pueda conducir a puerto, puesto que tal puerto no existe y el que existe es desconocido.

---

\* Monseñor Manuel Moledo (1907-1988) fue asesor de la Acción Católica Argentina y de instituciones como la Liga de Madres de Familia y de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa (ACDE), a cuya fundación contribuyó en 1952. En la misa exequial, el entonces arzobispo de La Plata, monseñor Antonio Quarracino, dijo sobre él: “Sin pretenderlo, y sin caer en la cuenta, el P. Moledo despojó a nuestros púlpitos de aquella solemne y grave retórica en la que parecía casi obligación encarnar el mensaje del Señor. (. . .) No es exagerado afirmar que durante largos años se lo consideró el 'predicador' del país. Ejercicios espirituales, conferencias, sermones, televisión, clases magistrales: la siembra de su palabra cayó en los más distintos ámbitos de la geografía de nuestra patria y en el seno de los más diversos auditorios”. Muestra de esta capacidad de predicación que Moledo tenía es esta exposición realizada en ocasión de la IV Reunión Nacional de Profesionales Católicos, el 17 de agosto de 1975, en Córdoba.

El cristiano –y en nuestro caso un hombre de acción cristiano como lo es el profesional– tiene que responder a este problema de su tiempo. Ha de ser su actitud la que responda a una espiritualidad evangélica de acción, valerosa y esperanzada.

*La fuerza de la caridad.* Ahora bien, siendo esencialmente el servicio del designio de Dios en el tiempo, es indudable que la fuerza de la caridad en el corazón del hombre es la primera condición requerida para la acción.

Pero esta fuerza de la caridad es a veces deficiente en el hombre de acción. Esto puede deberse a las dificultades que se oponen a su tarea, y entonces su caridad vacila. Puede deberse a la complejidad de las situaciones y entonces su caridad se debilita. Puede deberse también al agotamiento físico y en ese caso su caridad carece de vigor. Otras veces nadie espera ya nada o poco de ella y así su caridad se torna mustia. En ocasiones, un activismo desorbitado y descontrolado agota la caridad.

Cuando esto ocurre, el hombre de acción no pone el corazón en la tarea; actúa sólo por deber, se deja aprisionar por la rutina, cede al poco más o menos, pasa por el hastío y puede llegar hasta abandonarlo todo.

Raros son los hombres de acción que, en un momento de su vida, no han pasado por situaciones semejantes. Conviene, pues, señalar los medios que pueden permitirles recobrar el impulso de la caridad.

*La oración.* La oración es un medio poderoso para vivificar la caridad. En efecto, una oración que, arrancando de la propia vida, sea un diálogo personal, directo y confiado desde Cristo, que está en nosotros, con Dios, que es “un Padre que nos quiere”, nos sitúa en la esperanza, porque nos da la certeza de que no hay nunca una situación desesperada; nos tranquiliza en los caminos amenazadores de la existencia; nos devuelve la confianza y la paciencia en el tiempo; nos devuelve la vocación de servicio; nos conduce a la atención del presente; nos ayuda a encarnar la esperanza en esperanzas terrenales.

La oración no cambia el acontecimiento –salvo raros milagros–, pero cambia al hombre, que vive el acontecimiento. A las esperanzas humanas que expresa la oración del hombre, Dios responde concediendo la esperanza. Por eso el hombre de acción sale de la oración confortado, renovado, reconciliado, disponible, confiado, paciente, sereno, alegre, dispuesto a la tarea.

En una palabra, la caridad resurge más fuerte, más ardiente, más pura, más decidida, más activa.

*El conocimiento.* Pero la oración no basta; se necesita también el conocimiento, que, desde la fe y en la reflexión, permite que el hombre de fe vea y discierna las necesidades transitorias del presente a la luz de lo permanente, el reconocimiento que le da nuevas luces e inteligencia práctica e ilumina las condiciones temporales a través de las cuales debe transitar el amor; discierne las exigencias del amor en las necesidades del presente; organiza los medios al servicio del amor; forja los juicios prácticos de acción; define la encarnación de lo eterno en lo actual; revela al hombre sus “pecados” y sus “ilusiones”, que, en cierto sentido, son peores que sus pecados: nuestras ilusiones, es decir, nuestros prejuicios, nuestras ideas preforjadas, nuestros planes demasiado elaborados, nuestras vacilaciones y rodeos, nuestras precipitaciones y, quizás, lo peor, que son nuestros miedos. En efecto: ¿qué tememos: perder poder, riquezas, bienestar, estatus...? ¡Qué cierto es aquello de “dime lo que temes y te diré quién eres”!

El conocimiento libera a la caridad, porque nos da a conocer lo que el Señor espera de nosotros en cada coyuntura de la vida y de la historia. Este conocimiento, pues, sitúa al amor en el ímpetu del gesto creador y redentor.

*Redescubrir al mundo desde la fe.* Es cierto que la caridad es el dinamismo de la acción. Pero, precisamente por eso, el cristiano de acción tiene sobre el mundo un punto de vista que es muy diferente del que tiene el hombre de ciencia, el esteta, etc. Su manera práctica de enfrentarse con el mundo hace que lo descubra a través de categorías que le son propias.

*Las figuras.* Cuando el hombre de acción cristiano aborda el mundo, éste se le aparece a través de sus figuras.

Así, el hombre que él aborda no es una cosa, un objeto, una naturaleza, sino algo que está más en lo profundo de lo que de él se ve: una persona, un sujeto, una libertad, un hijo de Dios. El hombre al cual él se acerca es un ser cuya vocación consiste en llegar a ser –lo sepa o no lo sepa– un miembro cada vez más vivo de Cristo. Por eso el “otro” debe ser tratado como un prójimo. En tanto y en cuanto es ya de Cristo, puedo gozarme con él; pero en tanto y en cuanto no es todavía por entero de Cristo, la caridad me solicita a ponerme a su servicio para ayudarlo a consumarse en Cristo. Debo ayudarlo a hacerse perfectamente, lo que ya es, aunque de modo incompleto.

El encuentro con el otro no exime del juicio de realidad. El hombre de acción ve al otro bueno o malo, amable o no amable, sincero o falaz, etc. Este juicio de realidad no puede ser el “juicio final” que se ha reservado Dios para el fin de los tiempos, sino que debe ser un juicio para la acción, a saber: “¿qué espera de mí? ¿qué puedo hacer por él?”.

En resumen, para el que se detiene en el conocimiento de las figuras, el hombre es un primate superior, un animal razonador, un blanco o un amarillo. Pero para el cristiano, que debe ir más allá de las figuras, el hombre es un prójimo al que servir. La noción de prójimo es la categoría de la acción cristiana.

Lo que es cierto con respecto a los individuos, lo es también con respecto a las sociedades. Para el cristiano las sociedades son también figuras. Cada sociedad es una figura de la sociedad celeste. Verdad es que las sociedades poseen una objetividad fenomenal y esta es mudable a través de la historia, pero, más allá de esta figura que son, existe una realidad trascendente e inmutable: la ciudad celeste de la cual las sociedades terrestres son imágenes en devenir. La caridad invita a pasar a la acción a fin de ir modelando la imagen a semejanza de su modelo trascendente ya inmanente en la figura.

La actitud del cristiano de acción frente a la sociedad y las sociedades debe ser la del que trabaja para ir logrando que vayan evolucionando y perfeccionándose de suerte que permitan y faciliten que las relaciones entre los hombres, que en ellas viven, se aproximen cada vez más a las relaciones que mantienen entre sí los elegidos en el cielo, que San Agustín definía como “el banquete de la eterna comunicación”, en oposición al infierno, que describía como “el abismo de la eterna incomunicación”.

Para lograrlo, la acción del cristiano debe tender a la transformación de las mentes, de las estructuras y de las instituciones y, con ello, a su “conversión”. Para él, las sociedades son figuras por consumir. Abordar de esta manera las sociedades es tan importante como abordar las personas. La lectura de los Evangelios muestra que Cristo vino a liberar del pecado a los individuos y también a los grupos humanos, y que el Reino de Dios está prometido a los individuos, a los grupos humanos y finalmente a la humanidad.

No olvidemos, al llegar aquí, que una sociedad es la familia, la empresa, el sindicato, la Nación, el mundo. Por consiguiente, todas ellas son comunidades en transformación de perfeccionamiento, sociedades en edificación no consumada.

Por todo esto, tenemos que trabajar no por el mantenimiento inmovilista y obstinado de un modelo fijo e inmutable, sino, como ya dijimos, por la permanente transformación de las mentes, de las estructuras y de las instituciones, según lo exija en cada tiempo el bien no sólo temporal sino también eterno del hombre.

La civilización técnica, si no es más que técnica, disuelve las realidades en una pura objetividad fenomenal, dejando al hombre sin puerto al que navegar, al ocultarle su destino eterno. No le deja otra perspectiva que la muerte, la que, lejos de ser puerto, es naufragio.

El naufragio no puede ser finalidad para el hombre. Ir al naufragio es no saber a dónde se va; no es manejar los vientos sino flotar a merced de ellos mientras se flota.

Conocido el mundo y su real destino, el hombre de acción debe obrar y para ello debe fijar su atención y reflexión –alentadas por el amor– en el análisis e interpretación de las coyunturas y de los acontecimientos. Estos son los signos a través de los cuales Dios ayuda al hombre a formular juicios prácticos de acción atinados.

Por ello debe ser el cristiano de acción un hombre vigilante, pero la vigilancia exige un corazón puro, es decir, leal, autocrítico, desinteresado, objetivo, y, por encima de todo, un hombre que no solo sea capaz de amar cosas y hombres, sino que sea sobre todo capaz de amar al Amor.

De no ser así, pasaremos de largo a la vera de este mundo nuestro desgarrado y mal herido, que está a la espera ansiosa de un buen samaritano, y pasaremos de largo por no haber sido capaces de entender que es una vida absurda la del que vive sacrificando permanentemente lo importante a lo urgente. No es así como se puede ser luz del mundo, sal de la tierra y fermento de vida.

Sean los cristianos no profesionales hombres de acción, pero sin olvidar que la fecundidad de la acción se mide no sólo ni principalmente por su amplitud y eficacia tangibles sino por la eficiencia del amor que la suscita, anima y conduce a consumar la Historia en la unidad del logro, que es Cristo. A esta meta se llegará en la medida que nuestra sociedad sea capaz de poner el tener al auténtico y exclusivo servicio del ser de cada hombre, de todos los hombres, y de todo el hombre.

Camino por recorrer para lograrlo: el de las Bienaventuranzas.